

T. C. BOYLE

Los Terranautas

Traducción de Ce Santiago



Recién llegados al desierto de Arizona en 1994, «Los terranautas», un grupo de ocho científicos (cuatro hombres y cuatro mujeres), se prestan voluntarios, en el marco de un exitoso *reality show* retransmitido a nivel planetario, para confinarse bajo una cúpula de cristal bautizada como «Ecosphere 2», que pretende ser un prototipo de una posible colonia extraterrestre, y que busca demostrar que pueden vivir aislados del resto del mundo durante meses y ser autosuficientes.

La cúpula es obra de Jeremiah Reed, un ecovisionario conocido como «D. C.». —«Dios el Creador»—, pero pronto empieza a surgir la duda de si se ha logrado un excitante descubrimiento científico o si se trata de un simple gancho publicitario bajo la excusa del experimento ecológico más ambicioso del mundo.

Los científicos serán vigilados por otros investigadores, la Misión de Control, que supervisarán sus movimientos desde este «nuevo Edén», mientras se enfrentan a una serie de catástrofes que amenazan su vida y que pueden conducirles al desastre más absoluto.

*Para Neal y Shray Friedman y Roy y Edicta
Corsell*

T. C. Boyle, Premio PEN/Faulkner, nos somete a una inmersión profunda en el comportamiento humano a través de una historia de sexo y supervivencia en un entorno confinado.

«Basada en el desastre en los noventa del Ecosphere 2, la sátira cómica es un irónico recordatorio de las trampas de la utopía».

Mail on Sunday

«Boyle es un observador nato de la flaqueza humana... Un escritor descarado y exuberante».

The Financial Times

Nota del autor

Me gustaría reconocer mi deuda con los relatos de los biosferianos originales, en especial con *Vida bajo el cristal*, de Abigail Ailing y Mark Nelson y con *El experimento humano*, de Jane Poynter, al igual que con la rigurosa historia del proyecto de Rebecca Reider, *Soñando la biosfera*, y con la fundacional *Biosfera 2: el experimento humano*, de John Allen.

Nunca dudes de que un pequeño grupo de personas comprometidas y concienzudas pueda cambiar el mundo. De hecho, es lo único que alguna vez lo ha logrado.
—Margaret Mead

L'enfer, c'est les autres.
—Jean-Paul Sartre, *A puerta cerrada*

Parte I

Preencierro

Dawn Chapman

Nos desaconsejaron tener mascotas; y, ya puestos, ni maridos ni novios, y lo mismo valía para los hombres, ninguno estaba casado, que se supiera. Creo que en el Control de Misión habrían estado más contentos si tampoco hubiésemos tenido padres ni hermanos, pero todos los teníamos, a excepción de Ramsay, hijo único cuyos padres habían muerto en una colisión frontal cuando estaba en cuarto grado. Me he preguntado a menudo si durante el proceso de selección aquello había supuesto un factor —a su favor, me refiero—, ya que era evidente que presentaba carencias en ciertas áreas clave y en mi opinión, al menos sobre el papel, él era el eslabón más débil de la cadena. Pero no soy quién para decirlo; en el Control de Misión tenían sus propias prioridades y por más que nos las cuestionáramos, solo podíamos agachar la cabeza y cruzar los dedos. Como podréis imaginar, todos nos curramos el proceso de selección —en los meses finales parecía que no hacíamos otra cosa— y pese a que éramos un equipo, pese a que remábamos a una, y que durante los dos años previos de entrenamiento fue lo único que hicimos, el hecho es que de los dieciséis candidatos tan solo ocho pasaron el último corte. La ironía era esta: a la vez que rezumábamos espíritu de equipo, competíamos por exudarlo, y en el Control de Misión tomaban puntual nota de cada uno de nuestros pensamientos y movimientos. ¿Cómo decía Richard, nuestro cínico habitante? Un certamen de *Miss América*, pero sin las *misses* y sin América.

No recuerdo ahora la fecha exacta, y debería, sé que debería, para no llevar a equívocos, pero como un mes antes del encierro nos convocaron para las entrevistas finales.

Un mes parece más o menos aceptable, tiempo de sobra para que se corriera la voz y generar toda la prensa posible en torno a la revelación de los ocho definitivos: de adelantarlo nos arriesgábamos a excedernos, y para el Control de Misión aquella era por supuesto una cuestión delicada debido a lo sucedido en la primera misión. O sea que debía de ser febrero. Una mañana de febrero en el desierto alto, con todo en flor por las lluvias invernales y una luz que como una fina capa se extendía por el espinazo de las montañas. Había en el aire un dulzor leve, una especie de adobo de salvia y azúcar quemado, algo que saborear mientras me encaminaba a la cafetería para desayunar pronto. Podría haberme detenido a quitarme las chanclas y sentir la tierra fresca y granulosa entre los dedos de los pies o a observar la marcha del regimiento de hormigas podadoras hacia y desde el hormiguero, dentro de mi cuerpo y a la vez fuera, una homínida en edad de procrear agachada en pleno trance del naturalista preguntándose si esa tierra, la antigua, la originaria, seguiría siendo su hogar pasado un mes.

Lo cierto era que llevaba levantada desde las cuatro, incapaz de dormir, y no me apetecía más que estar sola y poner en orden mis pensamientos. Aunque no tenía hambre —el estómago se me revuelve cuando estoy nerviosa— meforcé a comer: tortitas, magdalenas de arándanos, tostada de masa madre, como si fuese a cargarme de carbohidratos para una maratón. Creo que no me supo a nada. Y un café. Seguramente me tomé una taza entera, sorbo a sorbo, sin ser siquiera consciente de ello, un hábito que estaba intentando reducir, ya que de ser seleccionada —e iba a serlo, estaba segura, o al menos eso era lo que me decía— tendría que enseñar a mi sistema a pasar sin él. No me había traído ningún libro, como solía hacer, y el periódico del día estaba sobre el mostrador, pero ni siquiera le eché una ojeada. Me centré en comer, el tenedor a la boca, masticar, tragar, repetir, y solo hacía pausas para cortar las tortitas en

pedacitos cuadrados tamaño bocado y llevarme la taza de café a los labios. El local estaba desierto salvo por una pareja del personal de apoyo con la mirada perdida más allá de la cristalera como si no estuviesen listos para afrontar el día. O tal vez eran del turno de noche, tal vez era eso.

En algún momento, por fortuna, mi mente se quedó en blanco y durante lo que quizá fue una fracción de segundo me olvidé de lo que pendía sobre nuestras cabezas, pero entonces alcé la vista y vi que Linda Ryu cruzaba la sala hacia mí, con una taza de té en una mano y un donut glaseado en la otra. Es probable que no lo sepáis (la mayoría de la gente no lo sabe), pero, del equipo remanente, Linda era mi mejor amiga y la verdad es que soy incapaz de explicar por qué, más allá de que nos habíamos caído bien desde el primer día. Teníamos casi la misma edad (ella treinta y dos, yo veintinueve), pero en realidad eso no explicaba nada, ya que todas las candidatas eran más o menos de la misma edad, iban desde los veintiséis de la más joven (Sally McNally, que no tenía posibilidades) hasta los cuarenta (Gretchen Frost, que sí las tenía por saber cómo lamer culos en el Control de Misión y tener un doctorado en Ecología Selvática).

En cualquier caso, antes de que pudiese reaccionar, Linda ya se había deslizado al asiento del otro lado de la mesa, gesticulando con el donut y dedicándome una sonrisa a medio camino entre la conmiseración y el bochorno.

—¿Nerviosa? —dijo, e incluso soltó una risita mientras se adecentaba los dientes y enarbolaba el donut—. Veo que te estás cargando de carbohidratos. Yo también —dijo, y dio un bocado.

Intenté parecer ajena, como si no supiese de qué me hablaba, pero me había calado enseguida, por supuesto. En los dos últimos años habíamos alcanzado la intimidad de unas hermanas, trabajando codo con codo en el buque de investigación en el Caribe, en el interior de Australia y en las parcelas testigo aquí en el campus de la E2, pero

ahora lo único que importaba era esto: mi entrevista era a las ocho, la suya a las ocho y media. Le sonreí tensa.

—No sé por qué tenemos que estar nerviosas... o sea, llevan un año evaluándonos. ¿A qué viene otra entrevista?

Ella asintió, sin ganas de seguir con el tema. Se habían oído rumores y todos los habíamos dado por buenos: esta era *la* entrevista, en la que te dirían sí o no, pulgar arriba o pulgar abajo. No había forma de disimularlo. Era el momento que habíamos estado esperando durante un cúmulo de días, semanas y meses que parecía que no iba a acabar jamás, y ahora que había llegado era poco menos que aterrador. Quise alargar el brazo hacia ella para reconfortarla, abrazarla, pero ya habíamos dicho cuanto podía decirse, desentrañado un millar de veces las combinaciones de quién estaba dentro y quién estaba fuera, y lo único que habíamos hecho en las últimas semanas había sido abrazarnos. No sé cómo explicarlo, pero era como si una frialdad me hubiese sobrevenido, la primera fase de un distanciamiento. Lo que deseaba, más que cualquier otra cosa, era levantarme e irme, y aun así ahí estaba ella, mi mejor amiga, y en aquel instante comprendí lo desprendida que era, cuánto me apoyaba, a mí y a sí misma, pero sobre todo a mí, mi victoria si ella no lograba superar el corte, y sentí que algo dentro de mí cedía.

Sabía mejor que nadie lo devastada que quedaría Linda si no entraba. En apariencia, tenía la clase de personalidad que buscaban —efusiva, enérgica, calmada durante las crisis, la optimista que siempre alcanzaba a ver cómo salir de una situación sin importar lo desesperada que pudiera parecer—, pero poseía un lado oscuro que nadie sospechaba. Me había hecho algunas confidencias, cosas que habrían hecho saltar todas las alarmas en el Control de Misión de haber llegado a sus oídos. Sería especialmente duro para ella no conseguirlo, más duro que para cualquiera de los otros, aunque me preguntaba si no estaría proyectando mis propios miedos... todos lo deseábamos tan desesperada-

mente que éramos incapaces de concebir lo contrario. Por si fuera poco, Linda y yo competíamos en esencia por el mismo puesto, el menos técnico aparte del oficial de comunicaciones, y las dos coincidíamos en que Ramsay lo tenía casi en el bolsillo porque lo suyo era el politiquero y sabía cómo moverse no solo en ambos extremos, sino también en la cima, en la base y a media altura.

La miré a la cara, la lenta y constante contracción y distensión de los músculos de su mandíbula mientras masticaba.

—Stevie tiene un pie dentro, ¿verdad? —dijo, con voz atragantada.

Asentí.

—Supongo.

Linda había intentado hacerse imprescindible, la generalista del grupo, buscando encajar en una de las cuatro vacantes que con toda probabilidad recaerían en mujeres. Había echado el resto, no solo con cursos adicionales sobre horticultura en sistemas cerrados y en gestión de ecosistemas, sino en especial sobre biología marina. Había acumulado más horas bajo el agua que cualquiera durante las sesiones de buceo en Belice y era imbatible recogiendo invertebrados, y pese a todo Stevie van Donk partía, en mi opinión, desde una posición ventajosa con respecto a los ecosistemas marinos. Primero, ella tenía un posgrado en la materia, y segundo, estaba estupenda en bikini.

—Menuda zorra es.

No tenía nada que decir al respecto, aunque por dentro estuviera de acuerdo. Con todo, zorra o no, Stevie estaba dentro.

Pintaba todavía peor: Diane Kesslerling parecía haberse metido en el bolsillo el de supervisora de cultivos extensivos, Gretchen iba en cabeza para supervisar los biomas salvajes. El que quedaba, una vez concedidos el de oficial médico, director de sistemas analíticos y supervisor de tecnosfera —a estas alturas todos perfiles masculinos—, era en

realidad un puesto de cuidador: EAD, encargado de animales domésticos, de las cabras enanas, los cerdos de la Isla Ossabaw, los patos criollos y las gallinas que iban a proveer al equipo de grasas esenciales y proteínas animales.

—Dawn, ¿qué te pasa? —Linda se reclinó sobre la mesa y me cogió de la mano, pero no respondí. No podía. Estaba hecha un lío—. No irás a venirte abajo ahora, ¿verdad? ¿Después de todo lo que hemos pasado juntas? Lo vas a lograr. Lo sé. Si alguien va a lograrlo, esa eres tú.

—¿Pero y tú? O sea, si yo entro...

Su sonrisa fue de lo más triste, un mero temblor de labios.

—Ya veremos.

Apartó la mirada. Ahora la sala estaba vacía, las personas de la mesa del fondo se habían ido o a trabajar o a su casa a dormir, dependiendo del turno. Sentía pesadez de estómago. Podía sentir la vena azul que me palpitaba en el nacimiento del cabello como ocurría siempre que me sobreexcitaba. Los padres de Linda habían criado caballos, además de gallinas y tripones cerdos vietnamitas en la propiedad que tenían a las afueras de Sacramento, y sabía de animales de granja tanto como una veterinaria; pero no era veterinaria, solo licenciada en Zootecnia, y perdonad que os diga, puede que fuera un pelín más achaparrada de lo deseable y la verdad, tampoco era tan guapa, o sea, vista con objetividad. Eso no debería importar, pero importaba, claro que importaba. En el Control de Misión buscaban lo mismo que en la NASA, personas que encajaran en el «perfil aventurero», con mucha motivación, muy sociables y poco tendentes a la depresión, pero todos encajábamos en esa descripción, al menos quienes habíamos llegado hasta aquí (a quienes Richard llamaba los «Dulces Dieciséis»^[1], una referencia deportiva que no pillé hasta que alguien me la explicó). Más allá de eso, más allá de los parámetros que tacharan durante el aluvión de pruebas a las que nos sometieron, desde el Inventario Multifásico de Personalidad de

Minnesota, hasta lo que hubiesen observado mientras trabajamos como equipo bajo presión, me estaría mintiendo a mí misma si no pensara que buscaban una candidata de buen ver, a una guapa, más guapa que Linda, en cualquier caso.

¿Me he pasado de la raya? No lo sé, pero a veces una tiene que ser objetiva, y cuando me miraba en el espejo (incluso sin maquillaje) veía a alguien que de cara al público representaría a la Misión mejor que Linda. Lo siento. Ya lo he dicho. Pero es un hecho.

—Sí —dije—. Sí. Sí. Rezo por que estés dentro, de verdad que sí... igual que rezo por mí. Incluso más. Imagina que entramos las dos, las dos mosqueteras, ¿a que sí? —traté de sonreír, pero no pude. Noté cómo los ojos se me llenaban de lágrimas. El hecho era que (me avergüenza admitirlo) no eran solo por ella.

Linda soltó el dónut y se relamió las yemas de los dedos una por una. Le llevó una eternidad. Luego levantó la cara y vi que sus ojos también estaban húmedos.

—Eh —dijo, y se apartó el pelo del hombro con un gesto de la barbilla—, no te preocupes. Pase lo que pase, siempre quedará la Misión Tres.

Todos llevábamos en esencia la misma ropa de trabajo, hombres y mujeres por igual: vaqueros, camiseta y botas de montaña; una sudadera con capucha para el frío de la mañana o algunos días de invierno en los que podía hacer una rasca sorprendente, pero aquella mañana en particular había optado por un vestido. Nada ostentoso, un vestido sencillo verde pálido sin mangas que me había puesto una o dos veces cuando un par de nosotros habíamos salido de parranda por Tucson, y me había maquillado y recogido el pelo con una coleta. En realidad, mi pelo es uno de mis mejores atributos, tan espeso que no se me ve ni rastro del cuero cabelludo, ni siquiera cuando salgo empapada de la